

POETRY IV

(Piezas de música poetizadas)

Textos: X. Galarreta

Interpretaciones: Ander Galarreta & Xabier Galarreta

Lege-Gordailua: SS-1024/06

Estos archivos musicales midi están ya recogidos en el archivo número 88 de Marjinalia Bilduma, bajo el título “Nire teklatu txikia”.

A Candura – F. Burgmüller



A Candura - F. Burgmüller.mid

Clava esa nota en su recuerdo,
que la escupa cada noche de su entramado
recuerdo,
recostada en su sucio camastro
entregada al recuerdo
tu nombre escrito
y borrado mil veces,
roto sin remedio
pero sin poder sacar
la cruel espina
de su regazo interno.
Casi dan ganas de ponerle
un nombre al recuerdo,
una fecha,
del fatídico día
en que se abandonaron.
Y ahora el recuerdo está ahí,
petrificado,
petrificadamente muerto,
más anglosajón
que el mismísimo Shakespeare.
Este sucio amor,
siempre este amor sucio de siempre,
en el recuerdo de él,
traspasado de nostalgia –de ella–
recostada en el sucio camastro
en donde agoniza y muere
ahogada por el recuerdo,
ella,
que nunca pudo mirarle a la cara.
¿Y qué puede hacer ahora,
si no despedir el asunto?
Llora,
con el rostro escondido
entre las manos.

A limpida corriente – F. Burgmüller



A limpida corriente - F. Burgmüller.mid

Dejaba que la corriente arrastrara
sus ansias de amores perdidos,
trasmochados en las inmediaciones
de algún burdel pecaminoso
(como lo son todos).
La corriente vino y
se llevó consigo los perjuicios
de aquel amor
puro e inmundo
(como lo son todos).
La corriente era rápida
y llevaba consigo
todos los amores
de todos los lugares del mundo.
Eran idénticos,
todos aquellos amores,
por millones se contaban,
cada uno de ellos
era una gota en el agua,
en donde naufragaban.
Y un reflejo flotaba
con aquel aspecto náufrago,
resignado y de un brillo
sospechosamente lujurioso
(¿qué sería del amor sin la lujuria?).
La tierra despedía a la impetuosa
corriente,
que apenas disponía del tiempo
necesario para alzar un pañuelo,
símbolo de la despedida...
y de la rendición.
La corriente al fin pasó,
transcurrió entera,
y luego,
no quedó nada.
Sólo el final.

A Pastoral – F. Burgmüller



A Pastoral - F. Burgmüller.mid

Le di un pellizquito
justo cuando no lo esperaba,
en el traserillo.
Rió sin parar durante
una buena media hora,
a resultas del pellizquito
en el traserillo.
Era una monada.
Entregaba su amor
con la misma facilidad
que se bajaba
la falda.
No esperaba nada,
así que lloraba al no topar nada
y de igual manera
si veía colmadas
todas sus vanas esperanzas.
La dejé recostada
y le dije a la anfitriona
que no la despertara.
Mis deberes exigían
una rápida incursión
a la lejana Hungría,
pero no tardaría.
Mientras tanto,
ella dormiría
ajena a mi huida.
En el cielo
se abría una herida,
compensada gravemente
a los ocho meses y justo un par de días
(precioso prematuro,
¡lo juro!).

Adagio - Albinoni



Adagio - Albinoni.mid

Repetía en el fondo
de su mirada palabras
de ternura olvidadas,
y en el pecho sentía
un dolor dulce y a la vez
amargo y su corazón ardía
en un fuego tardío de besos
y adioses truncados
casi en el olvido.
Subían las palabras
a sus labios y afloraban
los besos golosos, gordos
como fresas. Y allá
en medio de tanto desvarío
volvía a sentir despacio
su antiguo amor arrollar su deseo
y trepar voluptuoso
y triunfalmente derrotado
hasta donde el dolor lo permite.
Así los novios se agasajan,
ellos se soltaban la mano
sin saber aún que sería
para siempre y que en la fría
noche de noviembre
ella siempre recordaría su nombre
como quien recuerda...eso,
la nada en que se ha convertido el todo.
Pero en el fondo, quedaba
lo mejor: el dolor en el pecho,
el dolor profundo quemando
allá en el corazón rojo
y palpitante,
añorando la pérdida,
maldiciendo el fracaso,
arrojando por la borda
todo el peso innecesario.
Así el barco se aleja en el horizonte
así su amor tráfuga
rehuía la orilla y remaba
lento pero inexorable
hasta la tierra del Hades,
donde fluye la patria de todos los olvidos.

Arabescos – F. Burgmüller



Arabescos - F. Burgmüller.mid

Miró hacia atrás
y su mirada se topó
con sus pechos duros como piedra,
y sus pezones apuntándole
en medio de las dos cejas.
Tuvo el tiempo justo
de saltar del barco y
escapar nadando.
Ella fundó un museo
y él le enviaba momias
desde El Cairo.
En el fondo,
se amaban.
Y sólo el orgullo
les impedía la mutua confesión
de lo tratado.
Un día
–el viento azotaba con fuerza
las ramas de los árboles–,
le remitió un envío especial:
dos momias copulando
(muertas, por supuesto).
Era la postura,
lo que en el fondo importaba,
más que el hecho en sí
de amar y ser amado.
El museo quebró,
y él, con el tiempo,
también. Y ya decrépito,
le fue a pedir la mano.
Pero ella para entonces
ya lo había superado.
Aquel desengaño fue el último golpe.
Se encerró en su sarcófago
y no volvió a salir
hasta pasados dos mil setecientos veinti-no-sé-cuántos años.
O más...

Barcarola – F. Burgmüller



Barcarola - F. Burgmüller (Ander Galarreta 9 urte).mid

Tenía una maldita pulga
en algún sitio. En cualquier caso,
cerca de donde duele. Allí
por el corazón...
La saga de los enamorados
parecía no tener fin.
Un día, había tantos en el río abrazados,
que parecían margaritas en un prado.
De repente, un pulpo gigante
surgió de las aguas y se comió
a tanto depravado. Lo último que
escucharon gritar fue: ¡mira,
un pulpito!
Se los tragó enteros, con el corazón puesto
y su amor silbando al viento.
Razón tenían para tener miedo,
ahora que la pulga
quedaba libre para decidir su entierro.
El amor libre tiene sus peligros,
aunque para el osado bien vale un bingo.
A la primavera siguiente
volvió a ocurrir lo mismo.

Innocencia – F. Burgmüller



Innocencia - F. Burgmüller.mid

Sus pechos blancos y rosados
rodaban por las sábanas
de un invierno blanco.
Afuera soplaba furioso el viento.
Y las acometidas
arrancaban lágrimas al sufrido somier.
La lámpara, abajo, se corría de gusto
con tanto vaivén.
En la habitación dos pechos fugaces
dejaban un rastro blanco
a cada instante.
Y el hielo hervía debajo de las mantas.
Qué calor -aullaba la criada,
antes de desmayarse-.
Aquel día se desayunaron
sin churros,
pero con la boca llena.
Y si bien no comieron perdices a la cena,
el libro de las reclamaciones
permaneció intachable.
La única perjudicada, la criada:
violada seis u ocho veces
en estado inconsciente.
Un lechero, más inocente que un higo (chumbo)
pagó en la guillotina
una deuda inexistente.
Gimoteaba, el pobre,
en medio de la mofa y el escarnio,
su inoportuno desenlace,
y hasta al verdugo se le vio
por primera vez
temblar el pulso.
De la risa.

Progresso – F. Burgmüller



Progresso - F. Burgmüller.mid

La tenía agarrada del cabello.
Mientras tanto, ella le zampaba
la verga en el recuerdo.
Se humedecía los labios
vaginales al pensar en aquello.
Eran los últimos recuerdos,
antes de la muerte del Sexo.
Luego, el tedio y las polillas
digamos que intervinieron.
Un día, que miraba la luna caer
con tinte dramático del cielo,
arrió el hombro hasta donde buenamente
se lo permitía la entrepierna,
ya para entonces bastante devorada,
pero sin resentimiento.
Le sorprendió su gran depravación,
su falta de amistades
y lo innoble de sus intimidades.
Pensó que no valía la pena
todo aquello, pero...
¿y quién le creería?
El viajero no puede pensar
en su descrédito.
Y la rueda al girar
no perdona el destiempo.
La naturaleza muerta de las cosas
llega pasado el primer sueño
y quien dialoga ahora
mañana desdialoga,
cosa aún peor que el desvarío
(una de las muchas expresiones
del *ars cuerdo*).
Para cuando me di cuenta,
había anochecido...
y sin remedio.

Ondas del Danubio



Danubioko uhinak.mid

Si esta noche tuviera que bailar un tango,
lo bailarí.

Cuchillos, bronca, sangre,
borrachera, cuernos, asesinatos,
huidas, tiroteos, cárcel,
extrañamientos...

Quería decir eso,
darse el piro.

Porque en eso consiste
poner tierra de por medio.

Largarse.

Evaporarse.

Desaparecer.

Dejar tu ciudad

y acabar abrazando otra
en la que morirás extraño.

Y por eso lo del extrañamiento.

En realidad, he vivido extraño
toda mi vida.

Extrañado por todo, por todos,
por todo lo que he vivido

pero sobre todo

por todo lo que no he vivido.

Aún no puedo explicarme
cómo he sido capaz de llegar a no vivir
tantas cosas.

Debía de estar soñando.

Sí, seguro que ha sido eso.

Me he pasado la vida soñando,

suspirando por una realidad

que ha pasado junto a mí

como transcurre un alma en pena,

sin llegar a verla,

pero al mismo tiempo

sintiendo esa presencia,

el miedo a lo desconocido,

a la realidad,

al final del sueño.

Romance – Kozeluch



Romance - Kozeluch.mid

Amorosamente venía la novia
de blanco enseñando sus pechos de marfil
y sus pezones de rosas y ambrosía,
cuando la catedral entera tembló bajo sus pies
de seda y el sacerdote enmudeció.
¡Milagro! gritaron todas las curanderas.
Y ella sonrió alegre,
orgullosa, triunfante,
como una diosa que sabe
de su victoria y del paso de
la primavera.
Al llegar al altar las copas del
vino sagrado se desparramaron
alegres por el suelo cobrizo,
y sin razón alguna el líquido
fue absorbido por el suelo.
¡Milagro! gritaron a una las
envidiosas curanderas
(mientras, las amigas de la novia
no perdían de vista el ramo
de claveles rojos del que
sobresalía una fusta).
La novia se acarició el vientre
y fue entonces cuando comenzaron
los desmayos.
A dos monaguillos los sacaron en volandas,
y a un tercero de un confesionario,
con las manos manchadas
(precisó de respiración artificial).
El novio estaba radiante.
La veía y la dejaba hacer,
porque sabía lo inútil del intento.
Ahora la novia ya volaba de una columna
a otra del templo,
y de su clítoris emanaba un polvillo
cristalino que dejaba preñados
hasta a los bancos de la Iglesia.
Ella reía, reía, reía...
Y qué felicidad. Y nadie podía parar
de acariciarse el sexo allá mismo,
ante el altar sagrado,
y en ello no había
obscenidad ni lascivia,
era simplemente el amor

de Madre Naturaleza
que había penetrado
hasta en lo más artificial
de nuestros sentimientos,
hasta entonces condenados
al exterminio y a la extenuación
banal.
Finalmente,
ella dijo “Sí, quiero”.
Y sus sonrosadas mejillas
hervían de gracia e impaciencia.
En ese instante, las malvadas curanderas
arrojaron un haz de consoladores
eléctricos por dote a los pies de
la primera dama.
Y ella, con su risa alegre y natural,
las resolvió a todas de un plumazo,
dejándolas más carbonilla
que a un cenicero aguaplax.
Se divorciaron a los tres meses,
pero hasta entonces se lo pasaron pipa.

Una furtiva lágrima



Malko iheskor bat.mid

Llega de alguna parte
un recuerdo insignificante
como lo son las vidas
de los seres humanos.
Llega de alguna parte
que pensábamos ya
no existía, que
se había cerrado
para siempre.
Sin embargo, el sendero,
aún cubierto por la maleza
y el transcurrir del tiempo,
estaba ahí,
permanecía ahí,
donde lo dejamos,
donde nos dejó,
acaso,
por última vez.

Sobre un tema de C. Gurlitt



Voyage de nuit - C. Gurlitt.mid

Nuestras vidas se deslizan
intrépidas hacia la nada
que tenemos por origen,
por patria y por olvido.
En la nieve cruel
las preguntas
ruedan sin respuesta.
Y en la ventisca
mendigamos
la salida,
solitaria puerta
que nos llevará
al mismo lugar,
al mismo tiempo
del que un día lejano ya
partimos.
La pendiente se abre
y caemos con
todo nuestro bagaje,
dejando en los bordes
del abismo
las pocas pertenencias
que aún traíamos,
mudos testigos
del largo viaje
hacia la muerte,
única eternidad
que nos espera:
patria que no debimos abandonar
-¿fue acaso una elección?-
y objeto inalterable de nostalgia
(siempre, siempre nos acompañó
en nuestro vertiginoso descenso).

Melodía en Fa - A. Rubinstein



Melodia en Fa - A. Rubinstein.mid

Si la tristeza fuera,
de las palabras el oro
que un rey, Midas tal vez,
desechó antes de tomar
camino del destierro.
Si las palabras fueran,
de la tristeza de un rey,
tal vez Midas, que
partió camino del destierro,
y en su tristeza dejó,
en oros, palabras de tierra
y destierro que en su camino,
tal vez Midas, el rey, tal vez,
despojó de su oro, de su tristeza
y de su tierra, poco antes de llegar
al final, principio de su destierro.
Y el oro de las palabras,
abandonado para siempre
en la visión de la playa
desierta, el rey tal vez Midas,
en su destierro y en su tristeza
y en sus palabras y en su brillo,
el resto del oro: sus recuerdos.
Y qué no daría por salir de ese
brillo de oro reluciente, inútil,
perdido por ganado, en su
eterno trashumar hacia el destierro...
Adiós, Midas, Rey de la Nada,
Bendito sea tu Vientre,
Noble hijo de la tierra.
¡Vuelve, vuelve siempre a las palabras,
único lugar en el que te sentirás
como en casa! ¡Y regresa!
¡Y no dejes nunca de regresar,
mientras te alejas! Oh, Rey Midas,
pídenos lo que no podemos darte,
déjanos gozar una vez más
de tu tristeza,
de tu divina y única melancolía.
Y ahora, muere en tu destierro,
lejos del oro, lejos de tus palabras,
lejos de tu propia muerte,
mientras contemplas el cielo,
último cielo,

de la humanidad tras la colosal pérdida.
Adiós, amigo, Rey Midas, tal vez,
seguro, sí, reluciente Midas,
eterno, brillante, oro puro,
nada, un exiliado...

“Tum Balalaika”
(Canción popular yiddish)



Tum Balalaika.mid

Recoges la tristeza con tus manos
como quien recoge la uva de las vides
y miras al futuro
como quien mira al pasado,
con ese mismo sentir
(la sensación
de estar recordando
algo ya vivido
o por vivir).
La melodía resuena
una y otra vez
dejando el rastro
de una campana
lejana que tañe
en el cielo
su indiferencia
ritual,
como quien recoge
con sus manos la tristeza
infinita de las vides
acumulada ahí,
en el negro y salvaje
brillo de los capazos.

Menuet - J. Krieger



Menuet - J. Krieger.mid

Bellas figuras que danzan
a la sombra del tiempo
en el salón dedicado
al transcurrir.

Los frágiles pechos,
rotos, ensangrentados.

La mirada cruel,
ciega, insaciable.

Bellas figuras que danzan
a la sombra del tiempo
inacabado, inacabable,
sorteando los juegos
de palabras con los que
el Padre Tiempo
teje su infamia,
trampa en la que nos
tiene cogidos,
como el insecto
en la tela de araña.

Bellas figuras,
que con paso de cera
mueven su fantasmal
recuerdo asociado
a la hora y al tiempo.

Bellas figuras,
de la nada y de la gloria,
heroicas danzantes,
sufridas, víctimas
del tiempo, esclavas
de mi deseo.

Minuet in A minor - H. Purcell



Minuet in A minor - H. Purcell.mid

Tras el ojo de la cerradura,
el paisaje muerto, irrelevante;
la orilla del río anegado de almas,
cada una hacia su destino,
huyendo del ocaso.

(ilusión de la vida
reflejada en el Hades);
Y mientras, en los cielos,
un motor de combustión
arde,

y el aguerrido piloto
con su fular al cuello
y la palma de la mano
abierta en un saludo
dirigido a cuantos seguimos
su vuelo sabiendo
que es el último,
que ya no habrá más acrobacias
ni partidas ni horas de espera
y de congoja...

Tras el ojo de la cerradura,
en el paisaje muerto, irrelevante,
el piloto asciende:

ya nos dirige una última
mirada, entre la resignación
y el olvido, con un no sé qué
heroico;

ya la certidumbre
nos muestra el lugar,
el preciso agujero en que
caerá su cuerpo.

Y burlando el cielo
con una postrera acrobacia,
el piloto se pierde entre las nubes,
infinito.

Con el corazón aún latiendo fuerte
apartamos el ojo de la cerradura
y nos apresuramos a la siguiente.

Minueto en G - J.S. Bach



Minueto en G - J.S. Bach.mid

Un susurro de hojas
crepita en el fondo del cuarto
convertido ahora en bosque
sombrio, misterioso...
La noche arde bajo
el chisporroteo de las estrellas
y llamas de fuego negro
escapan por el blanco agujero
abierto en el firmamento.
Contornos de sombras
se deslizan furtivas,
en medio de un corro
callado de alegres risas.
La noche avanza
arrastrando su manto;
los duendes regresan
a su silencio.
El cuarto adquiere, al fin,
su aspecto de estancia
y de las hojas sólo
quedan cuartillas,
emborronadas de sueños.

Minuetto - W.A. Mozart



Minuetto - W.A. Mozart.mid



Minuetto - W.A. Mozart 2.mid

El gato rumia en sus ojos azules
el devenir atrapado en la
inmóvil estancia
traspasada por una quietud
casi milenaria.

El reloj cojea su
tic-tac intermitente
que no amedrenta a nadie.
El cuadro, eternamente inclinado
desde su calvario,
contempla el paisaje
monótono y petrificado.

El gato, desde su mirada azul,
trasiega de una esquina a la otra,
sin apresurarse, sabedor de que
el tiempo le acompaña a cada
zancada.

Peine – B. Bartok



Peine - B. Bartok.mid

El cigarro humeante en el cenicero,
traspasado de poesía:
¡de los poetas es
la melancolía y la tristeza!
Lanzan al mundo
sus brillos de humo y ceniza,
que se consumen en los ceniceros:
poesía, destinada a la nada.
Cenicero, cigarrillo,
ceniza, humo...
La mirada del poeta
arde en ese instante
elaborado por las tabacaleras,
desarrollando cada uno su particular cáncer:
cáncer de palabras,
cáncer de melancolía,
de tristeza,
de música sin fronteras
y sin alhajas.
El cigarro en el cenicero;
y el humo, que nunca acaba
de disiparse
del todo...

Sarabande - J. Pachelbel



Sarabande - J. Pachelbel.mid

En el salón centellea hermosa y brava,
y su cuello de marfil se eleva
victorioso, soberbio,
sobre la pieza entera.
En su mirada brilla el rubí
rojo de lava,
y al volver el rostro
su mirada traspasa
el resto de miradas,
las aparta como un botero
aparte las algas con el remo.
Su cuello (¡dejarme que lo diga!)
su cuello de cisne, blanco
de marfil,
altanero, soberbio,
terso,
troquelado en la fragua del tiempo
y victorioso por siempre,
(imposible su derrota,
inconcebible su desaparición).
Marchitará antes el transcurso
del tiempo, pero no ella,
su adorable cuello, terso,
bravo, soberbio,
pedestal de un cúmulo de nubes
en el cielo.

Sarabande - A. Corelli



Sarabande - A. Corelli.mid

El arco del violín transformado
en cuchillo y espada
atravesando una y otra vez
la carne en un juego
deleznable y cruel.
Yaces confiado;
crees que ya ha finalizado
el dolor. Pero en seguida recomienza,
cuando menos lo esperas.
El arco salta del violín y rasga de nuevo la carne,
atravesándola de un sólido corte.
Yaces ahí, ensangrentado,
mientras las cuerdas vibran
y tú agonizas, sin prisas,
con esa misma sensación
de haberlo ya vivido antes.
Y el arco, siempre al acecho,
seguro del próximo instante
en que te partirá en dos.
Game Over.

Sonatina del mar --A. Abril



Sonatina del Mar - A. Abril (Ander Galarreta 9 urte).mid

La muñeca da vueltas con su mirada
de maniquí eternamente asombrado
(Gepeto podría salir en cualquier momento
de entre bastidores y proclamarla
hija adoptiva).

El público la observa sin pasión,
aunque sin indiferencia.

La muñeca-maniquí da vueltas
y vueltas sin cesar,
hasta que su cuello se desgaja
del cuerpo y rueda sobre el escenario.

El público observa la escena
con atención pero sin emoción
(aparente). Luego, un gato
color castaño y azulados ojos
ronronea zalamero en torno al cuerpo,
y se frota finalmente los bigotes
contra la cabeza desprendida.

No hay sangre, por supuesto
(odio el mal gusto, ya sabéis...)
Todo es blanco y puro y aséptico;
el escenario tiene un no sé qué
de hospital (puede que lo sea).

De hecho, ya se la llevan
los enfermeros en su inmensa
y sólida cama de hospital.
No saldrá nunca de allí con vida.

Lo sabe. Todos los sabemos.

Pero lo disimulamos.

Nos guardamos las lágrimas
(prohibido está hacer sufrir
a los ajenos al evento, pero
sobre todo prohibida toda
expresión de debilidad).

La muñeca-maniquí, agónica, se abre
paso silenciosa hacia la morgue,
en donde reposará con su mirada de cera
hasta las doce de la noche,
hora en la que el vigilante
hará su última ronda,
apagará las luces y
echará el candado...
hasta el día siguiente.

Racconto di Fate - Kabalewsky



Racconto di Fate - Kabalewsky (Ander Galarreta 9 urte).mid

(Siglo XVI-XVII).

El jinete se dirige hacia algún
lugar de Europa cabalgando
a capricho y al llegar a un cruce
de caminos confía en el caballo
el nuevo rumbo.

No es viejo ni joven;
vive en el ecuador
de su existencia.

De su mirada se desliza el paisaje,
engullido por sus ojos
vacíos pero ávidos.

Pasa un puente sin apenas
reparar en el río
y al poco

hace dar media
vuelta a la montura,
angustiado por la idea
del río, de no saber su nombre,
de no haber sabido reparar
en sus aguas.

Consigue averiguar cómo se llama
(no fue tarea fácil, en aquel yermo inhóspito);
es uno de esos ríos parte
indisoluble de Europa.

Casi cae de rodillas
cuando lo sabe.

Luego, fustiga al caballo
y continúa su camino
hacia algún lugar de Europa
(Europa, siempre Europa),
su mirada vacía pero ávida
(uno de esos jinetes que
sobrellevan su soledad
y su congoja).

Y mientras los días caen,
como siempre lo han hecho,
prosigue su viaje
resuelto a dar la espalda
a tanta renuncia.

“Roma”, murmura. “Italia...”.

Y por un instante cree conocer
el destino, el sentido de su
viaje iniciático.

¿Nada... una ilusión más
que pronto habrá de
abandonarle...?